

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 78

Constitución septenaria del hombre

por Gabriel Burgos Suárez

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Gabriel Burgos Suárez

En el folleto 74 tratamos sobre los siete Planos de la Naturaleza, constituidos por materia de diferentes estados de densidad. La naturaleza subjetiva, el Espíritu, para ponerse en contacto con su entorno construye cuerpos adecuados formados a partir de la materia correspondiente de cada Plano, de la misma forma que los cuerpos físicos están constituidos por elementos físicos. Tenemos pues un instrumento con sus correspondientes sentidos para cada uno de los Planos de la Naturaleza en los cuales actuamos.



Para ponernos en contacto con cada uno de los planos de la Naturaleza necesitamos un cuerpo o instrumento, de modo que tenemos en total siete cuerpos o instrumentos como podemos ver en la gráfica anterior. Pero algo más percibimos allí. En el centro y al lado derecho tenemos los nombres de esos instrumentos en español y en sánscrito, y en el lado izquierdo los vemos agrupados como una tríada superior o **individualidad**, y un cuaternario inferior o **personalidad**. La personalidad es mortal y cambiante; la individualidad es relativamente inmortal y permanente, de modo que es allí donde realmente tiene lugar la evolución de la

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

conciencia, allí es donde la quintaesencia de las experiencias en el mundo mortal se muestra como facultades despiertas que antes permanecían dormidas. Tanto la individualidad como la personalidad son instrumentos de la **Mónada**, nuestro verdadero Ser inmortal, permanente y eterno.

Cuerpo físico denso

Partiendo de lo conocido a lo desconocido, de lo más denso hacia lo más sutil, de lo concreto a lo abstracto, de lo visible a lo invisible, tenemos el cuerpo físico, constituido por siete estados de materia física de distintas densidades, de las cuales solamente estamos familiarizados con las más densas: los sólidos, los líquidos y los gases. Los otros cuatro están constituidos por materia etérea.

Doble etérico

Los otros cuatro estados, denominados etérico, superetérico, subatómico y atómico, constituyen una contraparte del cuerpo físico denso a la cual se le ha llamado ‘doble etérico’ por su apariencia de un duplicado sutil de ese cuerpo físico. Una de las principales funciones del ‘doble etérico’ es la de servir de vehículo a la energía vital denominada ‘prana’. Esta energía es la que vivifica al cuerpo físico durante toda su existencia. Cuando el ‘prana’ se retira se presenta el fenómeno denominado muerte. Queda el cadáver, que es el cuerpo físico que ya no recibe la energía vital de ‘prana’. En unas pocas horas o unos pocos días después de la muerte del cuerpo físico, el ‘doble etérico’ se desintegra. En el ‘doble etérico’ existen siete centros denominados ‘chakras’ a través de los cuales esa energía de ‘prana’ se distribuye por el cuerpo físico en forma especializada.¹

Prana

Principio vital; aliento de vida. Es el tercer principio en la constitución septenaria del hombre; es la vitalidad, la fuerza vital, la vida que impregna todo el cuerpo vivo del hombre, la energía o potencia activa que produce todos los fenómenos vitales. El aliento, la vida del cuerpo, es una parte de la vida o del aliento universal.

¹ Puesto que acá se trata de dar una visión panorámica de los puntos básicos de la enseñanza teosófica, no trataremos aspectos que requieren un estudio más avanzado — como en este caso, de los ‘chakras’ — del cual encontramos amplia descripción en algunos libros teosóficos.

Cuerpo astral o emocional

Se le dio el nombre de astral a este cuerpo sutil por su apariencia luminosa a los ojos de los clarividentes. En la moderna literatura teosófica se le conoce también como cuerpo emocional, porque en acuerdo a su constitución y propósito, se pone en actividad siempre que surge algún tipo de emoción en el ser humano. Es el mundo de los deseos, las emociones, sentimientos, odios, atracciones, repulsiones, impresiones, pasiones, ardores, entusiasmos, arrebatos, delirios, etc., que nos mueven para bien o para mal. Las vibraciones correspondientes a emociones burdas, bajas y dañinas tienen lugar en los subplanos inferiores del plano astral, y las finas, elevadas, fraternales, ocurren en los subplanos superiores.

Algo sabemos de cómo afectan al individuo que las disfruta o que las sufre cuando surgen en un momento dado. Un gesto, una palabra, una actitud de otro, puede hacer surgir en un individuo sin control sobre sí mismo impulsos agresivos y violentos que lo llevan a cometer un crimen; a otro con pasiones bajas a abusar de una mujer o un niño, y así sucesivamente. Pero en otro ser de condición superior a la anterior su propia naturaleza lo lleva a trabajar con ardor para que su esposa y sus hijos tengan el sustento, la casa y el estudio que requieren. Las condiciones emocionales son infinitas y pueden cambiar de un momento a otro, de un día a otro, para bien o para mal de quien pasa por ellas y para las personas que por una u otra razón tienen relación con el sujeto.

Una cosa interesante que debemos tener en cuenta es que en la etapa de evolución en que nos encontramos como seres humanos el motor principal para la acción es el deseo. Nos movemos por deseos. Algo nos gusta y queremos poseerlo, algo nos disgusta y lo rechazamos. El deseo es con frecuencia más fuerte que el sentido común, que la razón, que el discernimiento. Y como cada ser humano está en las mismas condiciones buscando el bienestar para sí mismo aun a costa del perjuicio de otros, el resultado es que se ha convertido en productor de conflicto en grupos familiares y de trabajo, en las ideologías políticas y religiosas, en su entorno y más allá de éste, etc., etc. Cree que el problema está en los demás — lo cual en parte es cierto porque piensan y desean como él — pero ignora que está en él, o lo oculta o justifica ante sí mismo. No se da cuenta de que a la única persona que puede cambiar es a sí mismo y no a ningún otro.

La Organización Mundial de la Salud define así la salud: “La salud es un estado de ‘completo bienestar’ físico, mental y social y no solo la ausencia de enfermedades.” Como la mente y las emociones generalmente trabajan juntas, en la palabra mente de la definición están incluidas las emociones. Interesados en la salud física nos interesamos por mantenerla en las mejores condiciones. Ejercicio y dieta adecuada se nos recomiendan y, si nos sentimos mal, vamos a donde el médico. Para sentirnos físicamente bien, todo en nuestro organismo físico debe estar en estado de armonía; debe haber completo bienestar físico; si no lo hay, algo perturba nuestra salud física y buscamos arreglar esto.

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

¿Pero qué pasa con nuestra salud emocional y mental? ¿Está en estado de armonía y completo bienestar? Debiera ser así, pero en términos generales no lo es. Lo que debiera ser común en este caso — un estado completo de salud — generalmente es una excepción.

La mayoría de las personas están constantemente en estado de conflicto emocional y mental consigo mismas. Hay ansiedad, descontento, frustración, angustia, depresión, pesimismo, dificultad para dar o recibir afecto, etc. No hay completo bienestar mental ni emocional. La ira, el odio, el rencor, la antipatía, la envidia, la desazón, la inseguridad, la congoja, los celos, las dudas, los recelos y todos los miedos, para citar solo algunos puntos amargos y dolorosos, son compañeros constantes de muchos individuos que, por tener el cuerpo físico en buenas condiciones, creen que están en completo estado de salud, pero no en completo bienestar. Todos estos elementos perturbadores son como un cáncer o un tumor o un virus en el organismo emocional o mental que hay que erradicar. Mientras no lo hagamos no habrá una salud integral. Y aún más, ese virus en nosotros es factor de contagio en nuestro entorno, contaminamos el ambiente. Pero en estado de salud integral, por el contrario, nos convertimos en fuente de paz, de fraternidad, de amor y de armonía para quienes se ponen en contacto con nosotros.

Cuerpo mental

Como hay una concepción muy diferente de la mente según la ciencia y según la Teosofía, comencemos observando los dos conceptos en términos generales. Según Wikipedia la **mente** es el conjunto de facultades cognitivas (i.e., mentales) que engloban procesos como la percepción, el pensamiento, la conciencia, la memoria, etc., algunas de las cuales son características del ser humano y otras son compartidas con otras formas de vida. Las concepciones dominantes actuales, ambas materialistas, se engloban en la teoría de la identidad mente-cerebro y el funcionalismo.

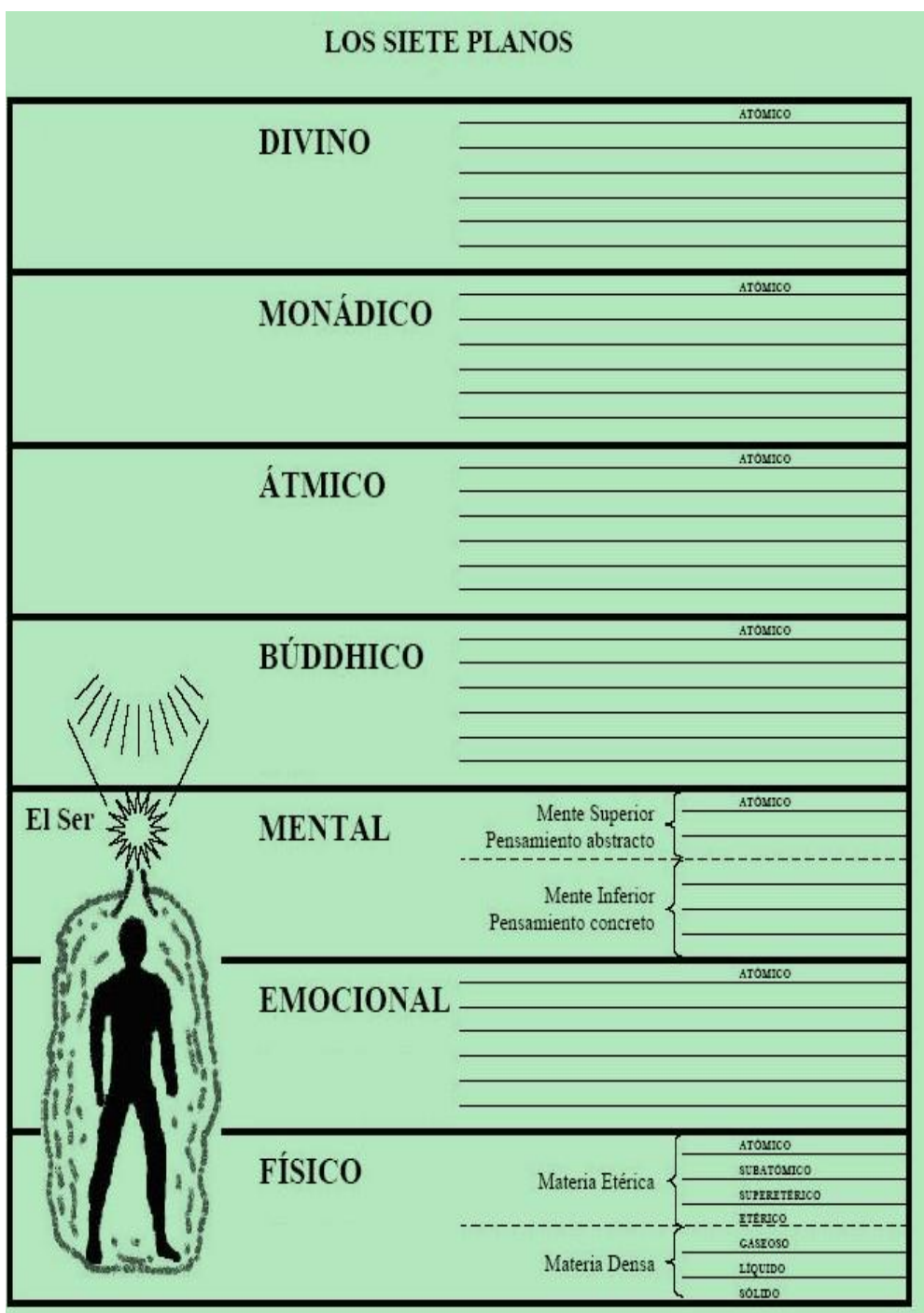
Es decir, la mente con sus múltiples funciones es el subproducto de las actividades del cerebro. Como dijo Lombroso, famoso abogado penalista italiano del siglo pasado, “el cerebro segrega pensamientos como el hígado segrega bilis.” Según esto la mente, brillante o torpe, depende de la calidad del cerebro que produce todos sus fenómenos, y desaparece cuando el hombre muere y por consiguiente se desintegra el cerebro. Si por suerte le ha correspondido un buen cerebro será una buena persona o un santo un genio. Si por el contrario le ha correspondido un cerebro mal constituido puede ser una persona desagradable o perversa o criminal. La vida del individuo comienza con el nacimiento y termina con la muerte, después de la cual no hay nada. El desarrollo evolutivo es el de la especie humana producido por la corta vida temporal de individuos que brillan en el mundo por un instante y desaparecen definitivamente. Esta concepción materialista no permite observar ningún propósito para la vida individual.

Veamos ahora el pensamiento teosófico, que es espiritualista. La señora Annie Besant en su libro Sabiduría Antigua dice: “La mente es el vehículo de la conciencia que condiciona a ésta en las cuatro subdivisiones inferiores del plano mental. Está formado de la materia de dichas

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

subdivisiones mediante combinaciones diversas producidas por vibraciones del principio llamado Pensador o Alma humana, variando las clases de materia atraídas según sea la naturaleza de las vibraciones indicadas. Así es que el tipo del Cuerpo mental guarda relación estrecha con el grado de evolución que el hombre haya alcanzado. Las cualidades características generales de dicho Cuerpo dependen de las pasadas vidas y experiencias del Pensador en la tierra. Las impresiones grabadas en el Cuerpo mental son más persistentes que las del plano astral, y son conscientemente reproducidas por él."



CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

Esto requiere ser examinado cuidadosamente. En la lámina anterior se ven los siete planos de la naturaleza. Dicha lámina resulta útil para facilitar el estudio, primero, de lo que en términos generales ha logrado hasta ahora el ser humano promedio en su desarrollo evolutivo; y segundo, la constitución de su cuerpo mental. Vemos en primer lugar, a la izquierda, la silueta de una persona que ocupa en la gráfica el espacio del plano físico, del plano emocional y la parte inferior del plano mental denominada mente inferior. Por encima de él hay una especie de sol que lo ilumina en estos tres niveles, que para él es el Ser inmortal, reflejo de un sol mayor situado en el plano búddhico. Lo que hay de ahí para arriba está sin llenar porque su desarrollo evolutivo no va más allá.

La evolución se desarrolla en forma ordenada de lo más denso a lo más sutil, de lo físico a lo emocional, luego a lo mental concreto, sigue a lo mental abstracto, y continuara hasta cubrir todos los niveles más elevados. Es el ascenso simbolizado en el Antiguo Testamento por la Escala de Jacob que hay que trepar paso por paso. Para ir al cuarto peldaño primero debemos ir en orden del primero al segundo, luego al tercero y enseguida al cuarto. Debemos comenzar por la base en este largo trayecto, recorrer el camino, para llegar finalmente a la cima — del ser primitivo, al hombre medio, y de éste al hombre perfecto.

Pero a diferencia del proceso anterior que va de lo más denso a lo más sutil, la fuerza, la energía, la voluntad, el poder para que esto se cumpla, vienen del Sol Único Divino a través de la Mónada y continúan descendiendo paso a paso a lo largo de todos los planos hasta llegar al físico.

El hombre primitivo de hace millones de años, sin ninguna experiencia e ignorándolo todo, en forma semejante a los animales silvestres se ocupa todo el tiempo por la supervivencia y goce del cuerpo físico que es lo único que conoce y siente. Lo único que importa para él es él mismo. Esto hace que desde un principio se haya ido desarrollando y estableciendo el sentido del “yo” como lo fundamental dentro de su entorno. Poco a poco se va dando cuenta de que hay cosas y situaciones que le agradan y quiere repetir, y otras que le disgustan y quiere evitar a toda costa. Se mueve entre me gusta esto y lo deseo y tengo que poseerlo, y me disgusta aquello y tengo que deshacerme y apartarlo de mí como sea. Para lograrlo tiene que tomar decisiones generalmente muy torpes pero que son el comienzo de una conciencia emocional y mental.

El hombre actual en muchos sentidos está muy lejos del hombre primitivo. Mucho ha aprendido a través de múltiples experiencias a lo largo de millones de años y muchas de sus facultades, latentes en un principio, se han venido poniendo en actividad y continuarán haciéndolo. Pero para la inmensa mayoría algo ha cambiado muy poco y no quiere que cambie — el sentido del “yo” como centro del mundo y de todas sus actividades. Y no solo sigue siendo el “yo” el motor y centro del ser humano, sino que ha crecido y se ha fortalecido tremendamente; pero, aunque el ser no se haya dado cuenta, el “yo” ha sido y continúa siendo el origen y causa de todos los conflictos que nos afligen. No nos gustan las cosas como van y achacamos los males y disgustos y frustraciones a algo externo, a otros, a los demás, a todo y a todos menos a nosotros mismos. Creemos que la humanidad va mal y que alguien debe cambiarla — tal vez los gobiernos de turno que elegimos o los grupos religiosos o la ciencia,

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

etc., pero no somos felices y nos sentimos decepcionados con los cambios logrados, siempre fallidos y frustrantes.

Oramos por la paz, pedimos a Dios que nos de paz, votamos en las elecciones por el candidato que nos promete la paz, pero no hay paz. Todos queremos que nos llegue la paz de alguna parte, pero poco o nada hacemos para que nuestra condición personal sea de paz y no de conflicto. Es por lo menos extraño que no nos demos cuenta de que la humanidad está formada por seres humanos, y que si la humanidad va mal es porque cada uno de nosotros va mal. Si cada uno de nosotros vive en perpetuo conflicto dentro de sí y con el entorno ¿cómo podemos pretender que haya paz en el mundo? Y así en todo, pues la humanidad es la proyección de cada uno de nosotros. Como dice Krishnamurti: “tú eres el mundo”. Si queremos un mundo mejor el único modo de lograrlo es que cada uno de nosotros sea mejor.

¿Cómo lograrlo? Tenemos que resolver una tremenda paradoja. La mente ha sido la causa de todos los problemas al crear al “yo” como centro y beneficiario de la acción, y es la misma mente la que tiene que destruirlo para llegar a obrar y trabajar y vivir no para el “yo” sino para el “nosotros”, para el todo, como lo hacen los Grandes Seres.

El “yo” no es una entidad real sino ficticia a la cual le hemos dado cualidades o condiciones arbitrariamente. Dice el “yo”: soy superior porque nací en un país desarrollado, en una familia que me proporcionó educación y poder, porque soy inteligente, porque pertenezco a una raza superior, etc.; o soy inferior porque nací en un país atrasado, en una familia pobre, porque soy torpe, por mi raza, porque no tengo oportunidades. Eso dice el “yo”, pero el espíritu le replica: estás equivocado; esa es la condición pasajera de una vida en el plano físico; en otra vida será muy diferente, pero será también pasajera. El Ser eterno e inmortal es la Chispa Divina, la Mónada, el Espíritu Divino que mora en cuerpos pasajeros, por igual en ti y en todos los seres, con las mismas potencialidades y con la misma meta de realización total de todas ellas.

Si examinamos nuevamente la lámina de la página 84 vemos que, de sus siete niveles, los cuatro inferiores corresponden al pensamiento concreto y los tres superiores al pensamiento abstracto. No hay sino una mente, pero por su condición puede ser atraída hacia lo bajo o hacia lo alto. Si es atraída hacia el mundo de los deseos y de las emociones, queda atada a ellos tan fuertemente que se identifica con ellos; mente y emociones son una sola cosa. Es ‘kama-manas’ o ‘mente-emoción’ o ‘mente deseosa’. Es la mente cotidiana, la que usamos a diario y a todo momento, y es conocida como “mente concreta” en la literatura teosófica. Pero si es atraída hacia lo superior, hacia el mundo espiritual, se une a él fuertemente y actúa en concordancia con él. Es más, es parte de él. Es la “mente superior o abstracta” de la literatura teosófica.

En el campo espiritual no hay ninguna clase de conflicto — es el mundo de la armonía, de la fraternidad, del amor, de la unidad universal, y por consiguiente de la perpetua paz. Ir del conflicto a la paz, del yo al nosotros, de la separatividad a la unidad, es un cambio completo de dirección en nuestra visión del mundo. Pero nadie puede hacer que otro cambie; es una

decisión que tiene que tomar cada cual si ha comprendido el problema y ve cuan gloriosa es la solución que está en un todo de acuerdo con el Plan Divino de la evolución de la conciencia.

Hacer este cambio no es fácil porque estamos muy apegados al mundo material en que vivimos. En uno de los Evangelios cristianos se nos cuenta que un hombre oyó alguna predicación del Señor Cristo, le llamó la atención la vida espiritual y le preguntó cómo lograrla. El Señor le dijo: “déjalo todo y sígueme”, pero el hombre era muy rico y no quería despojarse de sus riquezas. Como tantas otras cosas de los Evangelios, esta parábola ha sido mal interpretada. Algunos han pensado que la riqueza es un impedimento para ir al cielo (que no es un sitio sino un elevado estado de conciencia). El problema no está en ser muy rico, sino en estar apegado a la riqueza. Bien empleada para ayudar y servir a los necesitados o mejorar las condiciones de una comunidad, puede ser un medio para acercarse al cielo. Pero además del dinero hay tanta riqueza de apegos que nos atan, algunos muy obvios — vicios, corrupciones, impurezas, desenfrenos, deshonestidades, liviandades, codicia, etc. — y otros no tan obvios, como el egoísmo, el deseo de poder, el orgullo, la vanidad, el engrimiento, la jactancia, la afectación, y tantos y tantos otros. Para seguir al Señor, al Ser Superior, al Ser Divino, hay que dejarlo todo; no podemos seguirlo mientras haya ataduras en el mundo inferior. Podemos vivir en el mundo material, pero tenemos que desatarnos de él — podemos vivir en el mundo, pero no ser del mundo, como los Grandes Seres que están completamente desapegados tengan o no tengan un cuerpo físico.

Por encima del cuerpo mental tenemos instrumentos de un orden tan elevado que los seres humanos corrientes no hemos alcanzado aún. Todo está allí en estado latente y todavía no activo. Tenemos que desarrollar tanto la mente inferior como la superior poniendo las condiciones señaladas en los párrafos anteriores, antes de que podamos seguir nuestra evolución superior. Por encima de la mente tenemos la intuición o Buddhi, donde el conocimiento es preciso y exacto.

La mente conoce observando algo que está fuera de sí misma. Tenemos tres elementos para conocer: el observador, el objeto de observación, y el resultado que es conocimiento de acuerdo con nuestra capacidad de observar. El **observador** en un lado, el **objeto de observación** en otro lado, y el **conocimiento** como resultado. La mente es un magnífico instrumento para el conocimiento en nuestra etapa actual de desarrollo y debemos aprender a usarla de la mejor manera posible, pero no es siempre plenamente confiable como veíamos en la Introducción de este libro. La mente se equivoca muchas veces. A la luz de lo que hemos venido estudiando vemos la necesidad de desarrollar el discernimiento para separar lo fundamental de lo secundario, la verdad de lo aparente, lo eterno de lo temporal.

En la medida en que nuestra observación se va haciendo más profunda, hacia el interior de las cosas, vislumbres de intuición comienzan a surgir ocasionalmente. No somos aún intuitivos, pero es un comienzo. El Pensador intuitivo observa ahora de otra manera — ya no está separado de lo observado; se identifica con lo que observa; lo observado y él se convierten en una sola cosa; hay un conocimiento por identificación. Ya no hay tres elementos como en el

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

Folleto teosófico colombiano #78

conocimiento de la mente; los tres son una unidad: observador, objeto de observación y conocimiento.

La meditación, el estudio y la reflexión profunda especialmente sobre cosas abstractas y elevadas, son medios que ayudan a despertar la intuición. No debemos tener miedo a las cosas difíciles, pues afrontarlas pueden ayudarnos en este enriquecedor propósito. Por ejemplo, cuando nos encontramos con un concepto aparentemente oscuro en un texto teosófico, tratar de ir más allá de las líneas para ver algo más tal vez no escrito pero pensado por el autor.

